

ESTUDIOS CLÁSICOS

Los estudios clásicos de las antiguas escuelas públicas, han experimentado cambios en los últimos cincuenta años. En la época de la «Royal Comition», 1863, la situación era inexpugnable. Las matemáticas y las lenguas vivas apenas se toleraban; y en Eton, á pesar del título de Colegio Militar, estas dos materias, verdadero record, eran estudiadas por un solo alumno. La educación, en su casi totalidad, era formalista y los maestros formalistas eran hombres clásicos que sólo incidentalmente enseñaban otras cosas, pero cuyo *fer de force* era el latín y el griego, reduciéndose por lo regular su enseñanza á la traducción, la gramática y la composición, mientras otras asignaturas como la historia y la arqueología, eran ó bien ignoradas ó bien desdeñadas. El sistema era exclusivo y en el caso de jóvenes sin gustos literarios, era más bien disciplinario que educativo; pero los alumnos de las clases superiores aprovechaban ambas disciplinas mentales y adquirían, por lo mismo, un acopio considerable de conocimientos literarios, y los más capaces que llegaban á ponerse en contacto inmediato con los grandes maestros que eran al mismo tiempo, principales de los colegios, pues en aquel entonces directores sin cátedra, no los había, recibían una educación que, prescindiendo de su carácter exclusivo, era de lo mejor en cualidad, como lo atestiguan los nombres de nuestros grandes contemporáneos Butler, Elwyn, Kennedy, Moberly y Temple. Pero, en el presente, las cosas han cambiado mucho; la tendencia de los sucesos obliga á ensanchar los horizontes. El número de las escuelas que hoy en día figuran como «Escuelas públicas» ha aumentado mucho y la competencia entre ellas, como es natural, ha crecido en la misma proporción. Esta competencia, en ocasiones por demás frecuentes, ha tomado la forma de un lujo extravagante de construcciones y, como una escuela grande es también un gran establecimiento, los gastos han subido tanto que no se puede hacerles frente sin el favor y la ayuda de familias ricas. Las consideraciones financieras, en efecto, afectan más que nunca las escuelas públicas y más de lo que debería ser, si se tuviera en cuenta los verdaderos intereses de la

educación. Sus edificios magníficos y ricamente amueblados, sus locales amplios y bien ordenados lisonjean al ojo popular y hacen el efecto de una publicación ilustrada; pero, si bien estas exterioridades no dejan de tener su valor, no es menos cierto que cuestan por demás caro, si su existencia impulsa á los maestros á tomar en consideración no lo que es bueno, sino lo que es provechoso; no lo que es óptimo, sino lo que responde á necesidades.

Que esta tendencia existe en la actualidad, es un hecho indudable y, si llega últimamente á dominar, roerá y matará á toda educación liberal; pero está todavía en su período incipiente y, habiéndola tenido en jaque influencias muy poderosas, no ha afectado sino débilmente á los estudios clásicos. El conocimiento de Platón no vale un centavo en Treadneedle-street (calle de la aguja enhebrada); y á medida que la lucha por la existencia se vuelve más cosquillosa y ciertas capacidades especialmente amaestradas, son siempre más esenciales para proveer á la subsistencia, los padres siempre miran más favorablemente los estudios que parecen conducir directamente á resultados prácticos y esta conducta, en ciertos límites, no solo es natural, sino bien pensada. Lo primordial de la vida consiste en ganarse el pan por el trabajo y es asunto de la educación adaptarla á este fin; pero es un fin subordinado y no terminal. Por encima de los estudios que ayudan á ganarse el pan, están los estudios que contribuyen á hacer un hombre que no aspira hacia la riqueza sino hacia el bienestar, y esto es lo que padres é hijos están casi siempre dispuestos á echar de más, pero que los maestros de escuela, á menos de ser meros cambalacheros ó baratilleros de conocimientos, deben recordar con el mayor cuidado. Hasta que se haya encontrado algo digno de sustituirlos, hasta que se haya descubierto no teórica sino prácticamente, alguna otra forma de enseñanza literaria que pueda reemplazarlos sin perjudicar á la disciplina, cultura y desarrollo de la mente, los estudios clásicos podrán pretender un lugar merecido en cualquier sistema de educación superior. Y pueden reclamar este lugar con toda confianza, pues se los encuentra en los orígenes de toda vida intelectual moderna; desde el alba de la historia europea, vivificaron é inspiraron toda clase de esfuerzos hacia el progreso y su eficiencia como instrumento de educación ha sido demostrada por la experiencia de los siglos. Ni el clamor popular, ni los cálculos del mercado pueden afectar su valor intrínseco; pero la presión ejercida por hechos prácticos recientes y el amplio significado que los descubrimientos científicos han dado á la palabra «conocimiento» exigen que la situación propia de los estudios clásicos en un sistema racional de educación sea cuidadosamente considerado. El peligro de sanificarlos y la dificultad de conservarlos son igualmente evidentes hasta que se encuentre algún medio de conciliar ambas dificultades, siendo el peligro, el problema más arduo para nuestras escuelas públicas, en el día de hoy, problema á cuya solución desgraciadamente no dedican la merecida atención. Parecen, efectivamente, carecer de propósitos definidos y razonados, dejándose empujar sin fin ninguno, por decirlo así,

hacia cualquier lado, donde los lleve la corriente; nos encontramos frente al real peligro de que, bajo la influencia del pánico, algún día, echen al mar hasta el último de los clásicos. Semejante relación podrá parecer, quizá, exagerada y boba, porque la mejor obra verificada en el tiempo presente por nuestras escuelas públicas, va más allá de la cuestión clásica y los resultados obtenidos en los cursos superiores parecen inspirar la confianza no la duda. Pero las verdaderas consecuencias no conciernen á las clases superiores en las que se puede siempre «especializar», y los clásicos serán siempre estudiados por algunos jóvenes de gusto literario por la simple razón de que la verdadera disciplina literaria no es posible sin ellos. Lo que nos inquieta es la situación de los clásicos en las clases inferiores; es una parte de la educación general que los está derribando paulatinamente, hecho de que no puede dudar quien considera el incesante progreso de los «ejercicios militares» ó de los «modernismos» ó quien reflexiona cómo el griego ha desaparecido por completo y cómo el latín va desapareciendo rápidamente de nuestras «Grammar schools». En realidad, las condiciones bajo las cuales pueden conservarse los estudios clásicos, en otra forma que como estudio especial, están completamente alteradas. Otras materias reclaman con persistencia y justicia su parte de monopolio ó privilegio. Las matemáticas, las ciencias en general, las lenguas modernas, una multitud de quíscosas de milicia y armas, canto, dibujo y otras cosas, pide ahora una cierta cantidad de horas y, al mismo tiempo, el maestro clásico está obligado á prestar mayor atención á la religión, á la historia, á la geografía y al inglés. Y ahora, frente á estas nuevas condiciones que exigen métodos absolutamente nuevos, los clásicos continúan enseñándose exactamente de la misma manera, con la misma minuciosidad y esmero quizá que cuando no se enseñaba otra cosa, pero que ahora no pueden producir sino desbarajuste y confusión.

¡Pensar, por ejemplo, en enseñar á un muchacho de pocos alcances no sólo otras cosas sino también las reglas de la gramática griega, francesa y latina á un mismo tiempo! Felizmente los niños ingleses tienen un poder enorme de resistencia al exceso de fatiga mental, porque de otro modo, el resultado de semejante enseñanza sería poblar los asilos porque no produce sino un disgusto antinatural para toda clase de literatura y al fin y al cabo debemos decir en favor de los programas modernos, que el número de asignaturas que asustan á nuestra juventud, se reduce á dos. En efecto, una reducción de la multitud de cosas que un muchacho tiene que aprender es, en la actualidad, la reforma más necesaria. Un cerebro infantil no es más que su estómago, capaz de todo. Su digestión, tanto mental como física, se opera mejor con una dieta sencilla. Dos cursos sólidos, complementados con algunas bagatelas en armonía con los gustos del niño harán florecer su salud, promoverán su vigor. Pero esos cursos sólidos no deben ser ni pesados ni repugnantes y la «Asociación clásica» ha presentado recientemente una proposición con el objeto de aligerar y

perfeccionar los estudios clásicos, merecedores cuando menos de la mayor consideración. El principio de que estos estudios forman parte integrante de toda educación liberal, sugiere el pensamiento de que el antiguo método de enseñar latín, del doble punto de vista lingüístico y literario, debe conservarse, pero que, tocante al griego, siquiera en las clases inferiores, es deseable que se elimine la gramática y la composición, dirigiéndose principalmente el estudio de esta lengua á la adquisición de algún poder para apreciar su literatura. Se ahorrará así mucho tiempo porque la capacidad de leer una lengua con interés puede adquirirse mucho más fácilmente que el poder de usarla con alguna desenvoltura, y con tal que se estudie á fondo el latín, instrumento perfecto de disciplina lingüística, no hay razón alguna para no proseguir el estudio del griego según métodos menos rigurosos, pero más atractivos.

Lo que distingue la mejor literatura griega es su gran sencillez y prescindiendo del tecnicismo, un joven de inteligencia mediana, llegará fácilmente á entender y aún á leer con gusto largas páginas de escritores como Homero, Heródoto, Sófocles y el mismo Platón. Podrá también echar mano de la Biblia en griego. La totalidad de los evangelios y los más nobles pasajes de San Pablo, pueden leerse en el original con el conocimiento más rudimentario de la gramática griega, y ¿puede acaso haber conocimientos más preciosos que los proporcionados por semejante lectura? ¿Es acaso comparable este aprendizaje con el que se refiere á dualidades oscuras ó á las sutiles perplejidades de sentencias enigmáticas? ¿Puede, acaso, prestarse un servicio más provechoso á las letras, á la moral y á la religión, que el de inspirar á la juventud un interés vivo é inteligente por los documentos que nos ponen en contacto inmediato con los orígenes y las doctrinas del Cristianismo? Que este resultado se obtenga hoy con alumnos de inteligencia mediana, no lo podríamos afirmar; pero es cierto también que puede obtenerse dedicando más tiempo á las realidades que á los accidentes de la literatura griega y hasta que la enseñanza del griego pueda ser sometida con éxito á alguno de los textos que acabamos de enumerar, su pretensión de parte necesaria de la educación superior, no sólo debe ser rechazada sino que quizá lo será por la fuerza de las cosas. Cualquiera que sea la suerte del latín en el porvenir, la supervivencia del griego depende de que se encamine su aprendizaje por una forma más animada y más fructífera que ahora. Los votos de la «Asociación clásica» nos inspiran, indudablemente, alguna esperanza de realización y las personas encargadas de contralorear nuestras grandes escuelas, si tienen la previsión que exigen las circunstancias, someterán eso sugerimientos á un ensayo sin reticencias, completo é inmediato. El fin no es trivial, pues, no sólo el crédito de nuestras grandes escuelas sino la prosperidad positiva de nuestra educación superior están íntimamente ligados con el mantenimiento de los estudios clásicos. Estos estudios son el único baluarte contra la tendencia puramente utilitaria que desprecia todo estudio que ca-

rezca de valor práctico, que desestiman aún las matemáticas y la ciencia en general salvo «aplicadas» y prefieren una novela dialogada á los grandes clásicos franceses ó bien estiman en poco la versión bíblica de Lutero en comparación con el «alemán comercial».

En efecto, no es una paradoja el decir que el valor educativo de los estudios clásicos consiste en el hecho de que representan lo que el mundo suele llamar «inútil», de manera que no hay presunción de subordinarlos á designios viles. Ahora bien, que sea positiva su inutilidad, es otra cuestión; en efecto, la diferencia entre dos lenguas, una moderna y otra antigua, es á menudo tan grande que, para un alumno el comprender un trozo sencillo de latín y todavía más, el escribir algunas líneas desharapadas de prosa latina, requiere algo más que mera memoria é imitación; exige un esfuerzo mental de real actividad y originalidad. El educando no puede mantenerse del todo pasivo ó receptivo. Tiene que hacer algo por sí mismo, que contribuir en algo, y es en la estimulación de este hábito, en el desenvolvimiento del poder latente, en la energía vital que descansa el secreto de la verdadera educación. Los resultados positivos inmediatos parecerán seguramente pobres; pero el proceso mismo es del más alto valor y aquellos que lo deprecian como «gimnástica mental», olvidan que es tan necesario para la salud del espíritu como el ejercicio para la salud corporal y que ridiculizando á los clásicos hacen violencia á los hechos. En efecto, ¿quién puede afirmar que el latín y el griego hayan muerto realmente? En la literatura y el arte, en la ciencia y la filosofía, en todo lo referente á las leyes, al orden social y á todos los principios de gobierno, estamos en comunicación, en unión ininterrumpida y viva con la Grecia y con Roma. Su historia es una parte orgánica de nuestra propia historia, sus vocablos suenan en nuestros labios, elaboramos sus pensamientos en el tejido de nuestro ser intelectual y las escuelas públicas, desde su fundación, mantuvieron sabiamente el principio de que el saber no puede separarse del manantial de donde brotó y sus antecedentes como hacedores de hombres no son tan pobres que necesiten abandonar con pusilanimidad la buena tradición para obedecer al clamor del populacho.

Pero, por sano que sea el principio, su aplicación no deja de presentar indudablemente grandes dificultades. Son muy numerosos, por cierto, los jóvenes sobre los cuales los estudios clásicos producirán el efecto de una valiosa disciplina; pero falta esa familiaridad igualmente deseable con la vida clásica y la literatura. El hecho es cierto y este es el punto obscuro, el obstáculo amenazador; no que la dificultad sea irremediable, pues con la supresión de muchas asignaturas superfluas, con designios bien definidos y con métodos de enseñanza más apropiados, mucho puede obtenerse; pero, sea por indiferencia ó incapacidad, aquellos que ejercen la autoridad en las escuelas no hacen esfuerzo alguno para hacer frente á lo que realmente podemos llamar una triste situación. Los hombres de gobierno, en su mayoría, miran la cuestión

educacional con el espíritu de Gallio; (1) los grandes pedagogos están en todas partes demasiado cansados por sus largos servicios para prestar atención á las necesidades positivas y su Conferencia que pudo ser como una Suprema Corte de Educación superior, se ha contentado, durante cuarenta años, con discutir y vivir. Sin un ápice de razón, sin una referencia á los principios, los estudios clásicos están simplemente empujados fuera de su lugar, por no buscarse con la debida atención los medios de ajustar su carácter y los métodos á las exigencias modernas.

Y hoy en día esta ajustación es indudablemente imperativa. El mundo ya no es lo que fué; el pensamiento humano se proyecta más lejos; la vida del hombre está gobernada por influencias más complejas; nuevas y más variadas capacidades se requieren en la lucha por la existencia y los estudios clásicos, como cualquiera otra cosa, tienen que acomodarse á los cambios del ambiente. Solamente con esta condición sobrevivirán no para ser cultivados como planta exótica aquí y acullá en invernaderos, sino como una entidad vigorosa lo bastante para vivir al aire libre y constituir una delicia, un ornamento de la vida práctica. El hecho parece casi fuera de cuestión y el éxito vital que pueden tener las «Public Schools» está subordinado á la condición de que resuelvan el problema con que en la actualidad se hallan frente á frente. Es posible que sigan todavía ignorándolo y debido á una negligencia indolente ó á sórdidas preocupaciones, dejen que esos estudios, su más antigua herencia, vayan declinando lentamente hasta desaparecer. Pero si se conducen de esta manera, si olvidan hasta este punto sus tradiciones y sus responsabilidades, entonces incurrirán en el desliz, no sólo de faltar al propio honor, sino de haber traicionado los verdaderos intereses de la educación liberal. En efecto, no puede con justicia llamarse «liberal» un sistema de enseñanza en que los estudios científicos y la preparación para la vida no estén asociados como complemento necesario, á esos estudios de puras letras de los cuales la enseñanza clásica, es seguramente, el más sólido y quizá indispensable fundamento.

T. E. PAGE.

(De Charterhouse).

(1) GALLIO, personaje de mucha figuración en los Actos de los Apóstoles y que miraba con total indiferencia todas las cosas de las contiendas entre judíos y cristianos, «in the spirit of Gallio», con el espíritu de Gallio, es refrán muy usado en Inglaterra.

NOTA. — Tratándose de una cuestión debatida con interés en los diarios y en la Sección Pedagógica de la Facultad, nos hemos resuelto á publicar las razones de pedagogistas de nota, en pro y en contra. Se sabe que la gran encuesta francesa, en manos de numerosas comisiones, se ha declarado por la supresión total de las lenguas muertas, en los liceos.